



Ana Laura Medellín

Lontananza

Narrativa



Lotananza

Ana Laura Medellín

Ana Laura Medellín

Lontananza

NARRATIVA



octubre 2021

Lontananza

Ana Laura Medellín © 2021

Fb: Ana Laura Medellín

lauramedellin159@gmail.com

Editor: E Adair Z V

Ediciones Ave Azul

aveazul.com.mx

Fb: Ediciones Ave Azul

Tw: @aveazulmx

edicionesaveazul@gmail.com

Queda prohibida la reproducción total o parcial con fines comerciales, salvo permiso escrito del autor. // *Reproduction in whole or in part by any means without written permission of the author is prohibited.*

ÍNDICE

LA CELEBRACION	13
DE SIRENAS A SIRENAS	16
MI ABUELO DON BLAS, TODO UN HEROE...	19
SAUDADE Y JAZZ	24
ALFONSINA, LA HIJA DEL MAR	27
EL MEJOR REGALO ¡EL MAR!	29
AÑORANZA	34
NOSTALGIA	41

Lotananza

Prólogo

Ana Laura. Sí, he de atreverme a nombrarla de esa manera tan informal y lejana. Porque he de atreverme también a explorar desde su esencia a mi propia abuela.

Una boca que brilla en rojo y una flor en la cabeza; su olor suave de hojas frescas y su piel sedosa que me atrapa en su abrazo tierno. Tierno por ser mi sangre, tierno por ser yo una extensión de ella. Cuando aún las noches para mí eran páramos repletos de quimeras espantosas que creaba mi imaginación infante, ella fue el faro que obligaba a todos los horrores a su escondite, y la costa segura en la que posaba agotado mi sueño.

Si algo me llevo para siempre, son tus palabras. Y no sólo las que evoca sobrenaturalmente cuando lee poesía, sino aquellas que obligan a la propia luz a doblarse y a la realidad a vibrar ante tu grave sueño, que narra incluso la cosmogonía. Me llevo también a todos lados y todo tiempo las que me enseñó cuando observé mi cuerpo, las que desmenuzó hasta los puntos y líneas para explicarme cómo se vive la alegría, y la tristeza, y el éxtasis de estar vivo. La vida se nombra, el mundo interior se esculpe con la boca.

El primer número que memoricé cuando supe qué era la memoria, fue su número telefónico, y quería llamarle todo el tiempo. Lo ensayaba de repente en medio del juego para asegurarme de no olvidarlo y me acercaba al aparato repasando la posición de los números para poder marcarlos cada vez más rápido; eso no se lo he dicho antes. Tampoco le he dicho que su ensalada es la que más me gusta, aderezada a la perfección, o que su pozole es mi favorito, o que a aquel grabado que me regalaste, le pulí su vidrio, le lijé su marco y es la pieza central de mi alcoba.

Ana Laura es la personificación del amor por la vida, y si dieran un Nobel por ser uno mismo, ella habría ganado el primero y el último.

En esta recopilación, como en cualquier otra de su autoría, obliga a una sola cosa: a contagiarse por la dicha de estar vivos. Invito atentamente al lector o lectora a no resistirse a su encanto.

Lotananza

A manera de prólogo

Uno de los recuerdos más impactantes que casi cualquier persona puede retener en su experiencia de vida es haber estado por vez primera frente al mar. Saberse con cierta conciencia y estar de pie por vez primera ante la aterradora majestad del océano es algo que se imprime en la mente, que cambia la perspectiva, y por qué no, a veces el destino de las personas. En este libro, titulado *Lontananzas*, la escritora veracruzana Ana Laura Medellín nos comparte una de sus mayores admiraciones: el mar. También escritora de poesía, en esta ocasión nos deja ver la vena prosística, con breves historias o reportes de periodismo cultural.

Esta colección de memorias se basa en ocho relatos, donde el mar es siempre el origen y final de sus pensamientos. Desde la infancia que vivió junto a su abuela, o hasta el legado afortunado a sus estudiantes en horas dolorosas, el mar es parte de la vida de la autora. Ya sea como una extensión de la diversión, o como la cuna de la vida, o incluso el pilar de pasajes de historia nacionales, que la autora, en calidad de maestra, registra con orgullo y dignidad.

Entonces, el mar se convierte en ese otro gran personaje, el que yace como el amado dentro de la carta, a la espera de ser nombrado para existir. En este caso, el título hace referencia a la distancia, a los recuerdos, ya que se asume como mujer y como autora como una persona que ha vivido, y que está esperando el dulce otoño de la vida. Pero no con pena, sino satisfacción, porque se sabe la generosa matriarca de una familia, una ardua deportista, y una escritora enamorada de la palabra. Por eso la memoria no le pesa, ya que en su haber no existe el remordimiento de no haber intentado hacer algunas pequeñas proezas.

La colección de relatos es breve, para que así pueda pasar de mano en mano, como las olas y la espuma, o como una nube que ofrece sombra sin oscurecer el día. A través de la palabra, la autora se descubre como una mujer poderosa, y que comparte con los curiosos

de manera desinteresada tanto la experiencia como la felicidad que le da ser parte del mundo.

Desde Ediciones Ave Azul nos da alegría poder integrar a esta autora al catálogo, ya que su singular personalidad, su candidez y su entrega por vivir al máximo cada día, se contagian de inmediato para quienes tienen trato con ella. Además, en esta colección de prosas podemos ver recuerdos, reflexiones y momentos que han sido parte de su travesía por el mundo. Agregamos este libro al catálogo editorial con enorme respeto, reconociendo el importantísimo valor de una vida bien vivida, y que deja como legado a los posibles lectores en el futuro esa agradable experiencia. Disfruten pues de esta colección, y de las palabras de Ana Laura Medellín.

Ediciones Ave Azul, Texcoco de Mora, octubre de 2021

Ana Laura Medellín

Lontananza

Ana Laura Medellín

Lotananza

LA CELEBRACION

HOY HE MUERTO, pero necesito cumplir con algo que vengo posponiendo todo el año: mi fiesta de cumpleaños.

Mi primera intención es que nadie se dé cuenta que estoy muerta. Recargué un poco mi maquillaje para poder ocultar este albor mortis que me va cubriendo mis carnes, incluso tomé la precaución de comprar unas inyecciones de ácido formaldehído, que me mantendrán sin desprender mal olor; si alguna persona siente algo, le echaré la culpa a la florería y a las rosas que he comprado por cientos.

Camino de un lado a otro de la casa. Como es una hacienda colonial, tiene largos pasillos y anchos corredores, con columnas y techos catalanes, azulejos de talavera y un jardín con plantas ornamentales. “Tu castillo”, como suele decir con cierto dejo de ironía mi esposo. Sí, mi “castillo”, que se ha ido derruyendo junto con mi cuerpo. Ahora soy una mujer “muerta”, pero antes tuve vida. ¡Y cuánto viví! Pero también fueron los días más tristes, en que lloraba sentada en un rincón de la fuente del traspatio.

Debo mantener este impulso y no desmayar. Debo mantenerme firmemente muerta y dar buena cara a los invitados que lleguen. Estoy en los preparativos. Me reúno con mis hijos, los cuatro tienen sus propias ideas, sentados a la sombra de mi árbol predilecto, el laurel de la india, que está junto al pozo. Todos hablan y discuten al mismo tiempo y cada uno quiere liderar el asunto; permanezco callada pensando en cuántos invitados serán, algunos más importantes que otros, la flor y nata del pueblo. Pienso en mil cosas para que el festejo sea único e inolvidable. Invitaré a mis amigas y amigos, algunos familiares, en fin, a ver a quién.

Transcurren las horas, los días y aún no sé de qué color será el vestido que luciré, ni sé si habrá candiles en el salón; ah, porque les quiero contar que la casa tiene después del pasillo un patio enorme con baldosas y azulejos, y remata con una escalinata con veinte anchos escalones, resguardados por barandales de fierro forjado con figurillas de filigrana. Al fondo está el salón, con cuatro ventanales adornados con vitrales coloridos con figuras de aves, plantas y flores, la enorme puerta de madera repujada, con fuerte olor a cedro.

Ese es “mi castillo”, donde he pasado la vida, suspirando al término de cada día, sin terminar lo que inicio: un bordado de muchos colores, aquel escrito, esa pintura al óleo o al carbón, cualquier cosa que tenga en mente hacer.

El viento sopla fuertemente, azotando las puertas y las ventanas del salón. Recorriendo mi cuerpo, un escalofrío que me hace temblar, sintiendo el palpar de mi corazón, muy aprisa, como si el miedo se apoderara de mí, como si me transformara en otro ser, más ligero, más etéreo, sin voluntad.

Ya todo está preparado para la gran recepción. Sólo falta mi vestido, el color, la forma y los accesorios, en fin, los detalles. Camino hacia el espejo, ese espejo grande y biselado con marco alegórico bañado en oro. Me miro satisfecha, plena y gustosa, sintiendo, al ver mi imagen, que el espejo me acaricia.

Se oye el rumor de mucha gente, rumor muy parecido al viento que azota las puertas y ventanas, son pisadas, voces, gritos, lamentos, llanto. ¡¡¡No sé qué pasa!! ¡¡¡No sé!!!

Es el día de la fiesta, están llegando los invitados. De la capital llegan mis parientes, vestidos con sus mejores galas. Mi prima Mercedes, elegantísima con su sombrero de ala ancha, color azul plumbago, combinándole con su vestido y un abanico de marfil, lleva una flor en el pecho, color plata, está perfecta. Las otras invitadas lucen de igual manera sus trajes largos de noche.

Se escucha más fuerte el murmullo de voces y sonidos mezclados con música, llantos y gritos, y yo estoy en medio de la estancia, ya decorada para la ocasión. Al fin me veo vestida de blanco, de encaje tornasol, con lentejuelas brillantes, mi maquillaje perfecto, el olor a rosas que he comprado por cientos se ha esparcido por toda la sala grande, iluminada por velas. Alcanzo a escuchar algo en voz baja, dejando atrás el murmullo.

—¿De qué murió? Si ayer se veía ¡plena, hermosa! ¿Qué sucedió?

—Hoy era su celebración.

Todo el conjunto era esplendor, un gran regalo en mi cumpleaños, setenta abriles bien acomodados. El ambiente era espectacular, y yo permanecía allí, en medio del salón, recibiendo

los abrazos y regalos. Creí oír, en el eco del bullicio, unos respuestas y el rosario.

Cada invitado parecía arrancado de una postal luminosa: los hombres en traje de gala y chisteras, y ellas luciendo sus vestidos de colores, de encaje algunos, otros de tul, otros más de organza y organdí; sobrios trajes de noche con abalorios, piedras y bisutería.

Sí, cumplía setenta años, enfundada en ese vestido, brillante por la luz de las velas; pero estaba ¡Muerta! ¡Muerta! Rodeada de invitados, ataviada con mi vestido de fiesta.

DE SIRENAS A SIRENAS

18:45 DEL 19 de octubre, año del Bicentenario; auditorio Jaime Torres Bodet del Museo de Antropología en la Ciudad de México; el ajeteo del staff para organizar el evento de esa tarde-noche: la presentación del libro ‘De Sirenas a Sirenas’ de René Avilés Fabila, catedrático de la Universidad Autónoma Metropolitana y de la UNAM.

En este acto se le rinde homenaje al profesor distinguido en el marco de cincuenta años de labor literaria. En el transcurso del tiempo ha escrito diversos libros, sobre todo novelas y cuentos mitológicos llenos de fantasía.

Hablar aquí de René Avilés es hablar de letras que, transformadas en epopeyas, cuentos, versos, nos transportan a un mundo donde la imaginación nos lleva a laberintos interminables.

El libro que inspiró a Avilés a escribir fue la Biblia, con sus parábolas y pasajes elocuentes y llenos de significado. Más tarde encuentra la fuente de inspiración en los ‘La Ilíada’ y ‘La Odisea’ de Homero, donde la mitología se hace presente, y forma el espíritu literario y aventurero de quien al transcurrir de los tiempos habrá de crear obras que satisfacen al más exigente lector.

Su primera novela ‘Los juegos’, y otra que fue un éxito, ‘Réquiem para un suicida’ que escribió durante nueve años. Y así podemos enumerar su vasta obra literaria que lo ha distinguido dentro del concierto de los grandes escritores.

Volviendo a la presentación del libro que nos ocupa, ‘De Sirenas a Sirenas’, es el resultado de muchos años de fantasía. Nos dice aquí el maestro Avilés: «He vivido apasionado por los animales y seres fabulosos, coleccionando bestiarios, desde muy niño, gozaba con la lectura de la mitología griega: gorgones, esfinges, sirenas y minotauros poblaron mis sueños infantiles. Al crecer, tuve necesidad de recrearlos, y al serme insuficiente esa paráfrasis, me vi obligado a inventar nuevas figuras prodigiosas».

Con el libro ‘Los animales prodigiosos’, en 1997, René Avilés Fabila ganó el Premio Colima, donde usa animales como personajes de historias. No se limitó a presentarlos y reunir sus características,

sino a darles vida, convirtiéndolos en actores de cada historia. Proporcionando al lector una mezcla de géneros; cuento, ensayo, aforismo.

Cabe mencionar aquí que influyeron en el ánimo del autor de estos bestiarios los grandes: Arreola y Borges (quienes escribieron sendos y maravillosos libros de seres monstruosos), describiendo con hermosas metáforas a animales que todos hemos visto, cebras, rinocerontes, focas.

René Avilés Fabila, escritor con vasta obra literaria, toma de la fauna mesoamericana, antes de la llegada brutal de los conquistadores, y la convierte en creación propia de una mitología mexicana que compite con la griega. De este modo surgió ‘El bosque de los prodigios’, otro libro de criaturas mitológicas prehispánicas, inventando una zoología fantástica propia. La Grecia clásica, la época medieval, dieron paso a la invención de historias, estimulando la imaginación de los lectores.

Estas lecturas profundamente religiosas lograron darle vida a una serie de aberraciones y seres extraños, que paralelamente existieron con otros monstruos vistos por los ojos de los artesanos: los alebrijes animales extraños y coloridos con dos cabezas y muchos ojos, grandes colas, garras poderosas y desproporcionadas, con estaturas diferentes y presencias descomunales con imágenes impactantes.

Permítanme, queridos lectores, añadir a este texto la admiración que tenemos los alumnos del Diplomado en Creación Literaria (que concluyó hace unos meses en la Universidad Veracruzana) por nuestro gran maestro René Avilés Fabila, que nos asesoró brillantemente en el módulo de novela, y quien a lo largo del mismo, proporcionó herramientas para poder producir los elementos que formarán los textos, las novelas, y porque no decirlo, los libros que habremos de escribir.

La Serpiente Falo, animal mitológico mexicano arrancado del libro ‘De sirenas a sirenas’, nos dice: “La serpiente falo, es una rara especie que habita en las regiones selváticas del sureste. Por las noches se introduce en las chozas y busca a las mujeres solitarias. Se desliza eróticamente entre sus muslos, las penetra y con delicadeza o furia, según el caso, les hace el amor provocando un maravilloso orgasmo a las que aún despiertas no atinan a evitar la rápida y eficaz penetración del ofidio. Entonces terminado el acto

sexual, sale de nuevo a la selva y se acurruca entre la vegetación en espera de la noche. Para fortuna de las mujeres, la serpiente es estéril”.

Recomiendo a los muchos lectores recorrer el viaje, leyendo este libro fantástico. Con ello su imaginación se llenará de seres extraños y muy ocurrentes, que llenarán de asombro su vida, quitándole la monotonía.

Un abrazo.

MI ABUELO DON BLAS, TODO UN HEROE...

ESE MAR INCONMENSURABLE, eterno, único con sus azules y verdes oleajes, espumas blancas, semejantes a las almidonadas faldas de las jarochas, cuando acompañadas por el son zapatean vigorosas, el siquisirí o la bamba milagrosa. Así son las olas, color esmeralda, con su blanca espuma irisada por el viento que juega con ellas, correteando una tras otra hasta romperse en los riscos o desmayarse en la arena sosegada de la playa. Así es el mar, grandioso, inmenso, bravo o quieto, con su olor salado, su brisa fresca y ese susurro quedito del oleaje, amenizado por el vaivén de sus alegres olas, transparentes y risadas.

Ese mar del Golfo donde despierta el sol por las mañanas, dando con sus rayos pinceladas de dorados matices sobre el espejo del agua, que forma chispas de luz intermitentes.

Ese sol cual disco brillante, enorme, emergiendo del fondo, rompe el horizonte, resplandeciente, poderoso, lleno de destellos anaranjados. Se levanta iluminando el paisaje marino, que segundos antes era sólo oscuridad, formando un reflejo equidistante de cualquier punto hasta la costa. Y en ese paisaje se alcanza a ver la larga franja de la orilla, del litoral, donde se dibuja la playa con su arena, que destella visos con la misma luz y su reflejo. A lo lejos se dibuja una casita blanca con su techo de palma, con ventanas abiertas, y en su corredor una hamaca que suavemente mueve el viento de la mañana. Ahí, tumbado en ella, descansa don Blas, quién vive con su nieto, un chamaco locuaz y entretenido, alegre y vivaracho de tez blanca y cabello alborotado, contando con siete añitos.

Don Blas, viejo lobo de mar, siempre de buen humor, alto, un poco inclinado por los años, su rostro de nariz aguileña, con arrugas, pómulos salidos, su boca marchita con escasos dientes; pero de sonrisa franca, con ojos cansados café profundo, como develando sus quehaceres cotidianos y sus aventuras en el mar. En su mirada se reflejaba su experiencia como pescador. Aún maneja con vigor sus redes, atarraya y aperos para la pesca. Su piel curtida por el sol nos habla de su vasto conocimiento de la vida en el mar, su olor a hombre maduro, sudoroso, agitado, nos transportaba al olor del mar,

al mar indomable con su bastedad sostenida por sus abismales profundidades. Así era de grande el espíritu de don Blas, aventurero y náutico, ese viejo enigmático que convive con el mar y sus secretos, como si fueran los latidos de su propio corazón.

Una mañana soleada, el viejo Blas sale de la choza con su nieto Andrés, el chiquillo inquieto y juguetón. Caminan hacia la playa, donde los espera su lancha de motor, vieja y un poco destartalada. Platican cosas de siempre, se encaraman a la embarcación, echando a andar el motor, y se adentran ayudados por las olas que los llevarán mar adentro, tomando su ruta acostumbrada en ese mar del Golfo de México.

Ya entrada la mañana y siguiendo sus diálogos de siempre, Andrés le pide a su abuelo que le cuente la historia de aquél otro viejo que era el abuelo de don Blas, quién fuera cadete de la Escuela Naval Militar allá por el 14, un chorro de años atrás de la vida de Andrés y de su abuelo Blas. El viejo aspira una bocanada de aire marino que lo envuelve, jalonea la red y la atarraya, acomodándolas en el agua para esperar que se llenen con el cardumen que se mueve por ahí.

—Oye hijo, esa historia de mi abuelo te la he contado miles de veces —dijo el viejo.

—Sí, abuelo ya lo sé, sólo que a mí me gusta mucho saber que tu abuelo fue un héroe, de aquí, de Veracruz. Anda, vuélvemela a contar —dijo Andrés.

Mientras la embarcación seguía avanzando, tambaleándose, como si bailara sobre las olas, el viejo Blas se dispone a platicar sobre lo vivido por su abuelo durante la intervención norteamericana del 21 de abril de 1914, cuando era Presidente Victoriano Huerta.

—Mi abuelo Juan Castañón, como te platicué antes, era alumno destacado de la Escuela Naval Militar, donde a los jóvenes se les enseñaba lo que es el honor y el patriotismo; no como ahora que los chamacos andan de vagos por las calles y ni siquiera saben lo que es la Patria. Bueno, te sigo contando —dijo el viejo. —Mi abuelo, quería llegar a ser almirante o algún capitán de barco, tenía muchas ganas de navegar en aguas profundas, de llegar a otros puertos del mundo, esos eran sus sueños de estudiante.

Continúa:

—Por aquél entonces estaba de Presidente de Estados Unidos Woodrow Wilson. Estaba atento a los movimientos en nuestro país. Recién pasada la Revolución, no quería que México recibiera armas para poder defenderse en caso de alguna invasión extranjera. Huerta manda traer armamento de otro país, no de Estados Unidos, por eso era vigilado todo movimiento en el puerto de Veracruz. Las armas venían transportadas por el barco alemán Ipiranga (en ese mismo barco se llevaron a Porfirio Díaz al exilio a Europa), que se escondía de los barcos vigilantes. También hubo otro incidente en Tampico: una lancha hacía reconocimiento, comandada por tropas americanas para poder entrar a nuestro país. Fueron interceptados por federales que resguardaban la seguridad de la costa. Al verse descubiertos dijeron que iban a cargar gasolina. Los federales los echaron de las aguas mexicanas, detalle que enojó a Wilson, que se sintió ofendido y pidió se le rindiera homenaje a su bandera. A la vez, los marinos mexicanos también solicitan lo mismo. Los americanos rechazan la petición y ahí empezó toda la bronca.

—Para esto, ya había tensión en el ambiente del puerto. Había un joven cadete, compañero de mi abuelo, llamado José Azueta, quién asciende a Teniente y comanda algún grupo de cadetes, que a la vez son ordenados por el 19 batallón al mando del General Gustavo Mass. Cuando al General le avisan que están acercándose buques de guerra estadounidenses, éste con sus tropas se retira del puerto por órdenes del Presidente Huerta, dejando sólo a un puñado de cadetes y soldados al mando del teniente Azueta al frente de la defensa de la Plaza. El Presidente Wilson estaba ya ejecutando la orden de invadir con una guerra sin razón a México.

—Don Manuel Azueta, Comodoro, junto con el director de la Escuela Naval, arman a los cadetes que ahí se encontraban y van al encuentro de José, hijo de don Manuel, para ayudarlo, y preparar una estrategia de defensa. Es mi abuelo también un cadete armado para defender a la Patria, como les habían enseñado. Empezaron los buques Utah, Prairie, Texas, Montana, Dakota, Indianápolis, New York, Rochester, Florida, entre otros, a desembarcar a sus marinos estadounidenses. La ciudad estaba desolada. Apenas unos cien soldados, cadetes, algunos civiles y los reos de San Juan de Ulúa, llamados los rayados, entraron a la defensa al mando del Teniente Azueta y de mi abuelo. Algunos cadetes se pertrecharon en las ventanas de la escuela, otros parapetados en los edificios de Correos

y Telégrafos. Las calles de Veracruz se convirtieron en campo de batalla.

—Mi abuelo Juan Castañón, también echaba bala con su fusil, resguardando a Azueta, quién manejaba una ametralladora, amparado por una planta eléctrica para no ser visto por el enemigo. De pronto, cae herido por una bala en la pierna, cambia de posición y le tiran a la otra pierna, se hinca, tiene mucha hemorragia, es ayudado por mi abuelo, ¡quién más bravo que nunca, tira a matar americanos! «¡Mueran malditos!», les grita. «¡Mueran!».

—Esta historia te gusta, yo creo por el acto heroico de Azueta y por su patriotismo —¿verdad?, Andrés.

—Sí abuelo. Cuenta, cuenta. Eso me gusta mucho, mi corazón se mueve, me brinca. Cuenta —dijo el niño.

—Pues bien —continúa el viejo—, Azueta, ayudado por mi abuelo, lo quita del lugar del combate, quedando muy mal herido. Es llevado al Hospital de Sangre y finalmente a su casa; recibe atenciones del mejor médico del puerto, salvándole la vida. El almirante estadounidense, Frank Friday Fletcher, al percatarse de su notable y heroico desempeño en el campo de batalla y su casi agonizante estado, manda a un cirujano para que lo atendiera; pero Azueta lo rechazó por ser del bando americano, y le dijo «prefiero morir que ser atendido por el enemigo».

—Otro joven cadete, llamado Virgilio Uribe, con 19 años de edad, combatió con denuedo y valor en esta batalla del 21 de abril, defendiendo la soberanía y dignidad nacionales. Como todo un héroe, defendió el suelo patrio. Se parapetó en uno de los balcones de un edificio, y desde ahí disparaba con coraje, toda la carga de su arma, y volvía a cargar su fusil. Fue en ese instante, al recargar su arma, cuando una bala enemiga penetró su frente, haciendo explotar su cráneo en su parte posterior.

—¡Que valiente! —dijo, Andrés muy emocionado.

—Cayó de espaldas. Su compañero Carlos Meléndez lo tomó en sus brazos y solicitó ayuda inmediatamente. Fue llevado aún con vida al dormitorio de la Segunda Brigada. El practicante Luis Moya le hizo la curación. Fue trasladado a la Cruz Roja, minutos después falleció.

Andrés estaba muy conmovido por esta historia, que hacía repetir y repetir a su abuelo, sin cansarse de volver a escucharla. Sabía que los nombres de José Azueta y Virgilio Uribe nunca los iba a olvidar, porque eran héroes grandes siendo niños. Andrés también quería ser cadete e ingresar a la Escuela Naval, ese era su sueño.

Las horas pasaron lentamente. Las redes estaban repletas de bagres, huachinangos, lisas, robalitos y otros. La plática se extendió para el agrado de Andrés y el orgullo de don Blas de haber tenido un abuelo héroe.

Cayendo la tarde, donde el sol se despide con sus mejores colores en el otro mar del pacífico, nuestros marineros regresan a su palapa en la playa, a su hogar donde el viejo y el niño han convivido algún tiempo, donde el mar es su esperanza, su vida, su modo de existir todos los días. Y así al otro día regresan al mar con su acostumbrado diálogo y vuelta su historia a contar.

SAUDADE Y JAZZ

SE ABREN LAS PUERTAS del majestuoso teatro Ignacio de la Llave, siendo las siete de la noche en punto. Se acomodan las personas en los lugares preferidos, perfumando la sala con su presencia; las damas vestidas con elegancia. La tarde se despidе con aire frío, aire del día cinco de noviembre.

Ya dispuesto el auditorio, se escucha la primera llamada. Siguen llegando más personas apresuradas a encontrar asiento. Ya es segunda, segunda llamada, y casi está llena la luneta. Arriba, en los palcos se cubren los lugares y pronuncian: tercera llamada, tercera llamada.

Durante la interpretación musical que estamos escuchando, la música de cada instrumento parece tener magia. Del piano del maestro Luis Herrera Alvarado, director de la Banda, salen las notas como si tuvieran vida. Al mismo tiempo que el Maestro penetra en la música, haciendo una fusión mística maravillosa, con fuerza, con armonía, volviéndose una sinfonía interminable, el teclado baila al contacto de los dedos magistrales del maestro Luis Herrera, quien toca el piano con pasión, con elocuencia, narrando su existencia nostálgica, solitaria; pero derramando amor en cada nota. Los espectadores al escuchar estos sonidos vibran para sí emocionados, porque saben traducir lo que Luis Herrera nos trasmite, nos entrega; en cada movimiento de sus manos habla del hechizo que es, la música, baila tocando, hace hablar al teclado, hace vibrar el espacio que ocupa con su instrumento.

Cada melodía interpretada es diferente, cada una tiene singular lenguaje. Las notas danzan alrededor del músico, haciéndolo temblar de emoción, expresando en cada acorde, en cada movimiento, su conocimiento y su verdadero talento musical.

Samuel Rodríguez nos interpreta lo suyo en esa guitarra que habla a través de sus prodigiosos dedos, la rasga, la toca, la hace gemir y afinar. El grito de sus notas en el bajo, que también nos transporta a un deleite inusitado, hace temblar al corazón con sólo tocar las cuerdas, nos acaricia y hace fluir entre el público, el placer de escuchar.

Elton Arellano, el más joven de Saudade y Jazz, en la percusión, nos toca el más recóndito y escondido filamento de nuestra espiritualidad, dándole vida a cada toque de la batería, al escucharla acompañando a los otros instrumentos.

Cada sonido salido del metal, vibrando en diapason, recorre nuestros sentidos, moviéndolos, sacudiéndolos del tedio y la monotonía, y los convierte en alegría, rompiendo con ello el aplauso espontáneo que sale del corazón.

Alberto Sánchez, hace hablar al saxofón, con su nostálgico gemido, que mueve las fibras más ocultas de nuestro ser. Las notas finas, delgadas, altas, que en el aire simulan ninfas danzando, en el escenario.

El saxofón, melancólico, lánguido, suspira entre el público, que callado y embelesado escucha, traduciendo su lenguaje sensual, único, que inspira a soñar, cuando sus notas desgajadas en sonidos llegan a nuestros oídos y nos dicen tantas cosas.

El saxofón de esta noche lo escuchamos con los ojos cerrados para entrar en comunión, en íntima comunión con los recuerdos, acompañados por la Banda Saudade Jazz.

La magia musical que Luis Herrera hace del Son Jarocho “La Bruja” en el piano, nos invita a pensar en los arpeggios místicos, de la guitarra y el violín, que invisibles a nuestros ojos, sentimos en nuestros oídos y en nuestra imaginación.

Otro deleite fue “El San Luis Blues”, que nos hizo evocar tiempos idos, manifestándose en los recuerdos de cada espectador, cada uno bailando en su butaca, respondiendo a cada sentido. Las notas de cada instrumento: el piano, el saxo, la batería y el bajo, se amalgaman formando sonidos, haciendo de ellos una lluvia balsámica, cayendo entre el público, sosegando los colores de cada espíritu.

El diálogo musical propuesto entre el cuarteto y el público trascendía a un juego recreativo del jazz y la improvisación, como parte espontánea, intrínseca de quien es profesional de la música.

Escuchar a la banda Saudade and Jazz es comparable a disfrutar de un buen vino de cosecha, en una tarde con lluvia de verano.

Lotanza

El público salió satisfecho de esta entrega musical, porque eso fue, este concierto de recreación, de juego, de dialogo y de mucha pasión.

¡Felicidades a los divos zacatecanos!

ALFONSINA, LA HIJA DEL MAR

En la geografía universal existen desafíos donde empieza y muere una vida que ha trascendido las fronteras de la existencia para llegar a la inmortalidad. Alfonsina Storni nace en los Alpes suizos en 1892 en Sala Capriasca, y muere en Argentina en el Mar del Plata el 25 de octubre de 1938. Una vida llena de luz, inteligencia y sensibilidad, de espíritu crítico, transgresora y atenta al mínimo detalle. Su mirada ausculta las representaciones siempre engañosas de lo femenino y lo masculino.

La niña que en San Juan tenía un libro al revés, como si con ello, quisiera cambiar el rumbo de la existencia. La adolescente que se va de gira jugando al teatro, la que lleva por nombre el de su padre Alfonso, errático y siempre ebrio, la hija de Paulina, aficionada al teatro y hacedora de cerveza. Es Alfonsina a la que más tarde acompañarán al fondo del mar de la plata las caracolas, adornando su lecho de muerte. Alfonsina Storni, voz fuerte que aún vibra entre el viento que sopla en las regiones de América de Sur, cuando grita: “tú me quieres blanca, nívea, alba”, a la necedad del hombre, que en ese tiempo es el amo de la palabra escrita. Alfonsina Storni fulgura entre las estrellas más brillantes del cielo de su época y regresa cada día entre las olas del mar que la cobija.

Poetas como Amado Nervo y Rubén Darío, paladines del modernismo, publican sus poemas en el diario Mundo Argentino. Alfonsina, que quiere decir dispuesta a todo, dedico su libro ‘La inquietud del rosal’ al embajador Nervo, llamándolo poeta divino. La poetisa suizo-argentina es una de las voces femeninas más representativas de la literatura, pues enlaza almas, conecta espíritus e irradia pasión, y es el eco de los reclamos que se creían extraviados sin remedio.

En 1912, en Buenos Aires, nace Alejandro, su único hijo, quien define en su vida una actitud de mujer que se enfrenta sola a sus decisiones. Juana de Ibarbourou, destacada poetisa uruguaya, expresó: “En 1920 Alfonsina vino por vez primera a Montevideo, era joven y alegre, su conversación era chispeante, aguda y a veces sarcástica”, así que levantó una ola de admiración y simpatía; los intelectuales la siguieron por todos lados. Alfonsina saboreó en ese

momento su fama, sintiéndose reina, recordando con nostalgia su vida a los diez años, cuando lavaba platos y atendía mesas en el “café suizo”, propiedad de su familia. Gabriela Mistral al conocerla queda impresionada por su sencillez, sobriedad, por su escasa manifestación de emotividad, y sobre todo por su información, propia de una mujer de gran ciudad “que ha pasado tocándolo todo e incorporándoselo”.

En 1922 conoce al escritor uruguayo Horacio Quiroga y se deja subyugar por la personalidad del poeta de la selva, hombre de barba larga y ojos azules; aventurero y mujeriego, perseguido por el espectro de su trágico destino, afrontando los suicidios de sus seres queridos. Este hombre arrogante arranca los suspiros de Alfonsina, quien se convierte en su amiga y amante. En la peña del café Tortoni conoce a Federico García Lorca y nace una amistad entrañable. En 1935 Alfonsina es intervenida por cáncer de mama.

En 1937 se suicida Quiroga, provocando quebranto en la salud de la escritora, quien presagia su cercana muerte. Obtiene premios importantes por sus obras, es criticada por algunos poetas machistas. La Universidad de Montevideo en 1938 rinde homenaje a las tres grandes plumas latinoamericanas: Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou y ella.

El 23 de octubre de 1938 viajó a Mar del Plata, enferma y deprimida, y a la una de la madrugada del día 25, Alfonsina se sumergió en el mar, desapareciendo en su inmensidad, abrazando la muerte por amante, entre las olas y espuma que la envolvieron para siempre.

Una parte de sus versos póstumos reza así: “Voy a dormir, nodriza mía, acuéstame, ponme una lámpara a la cabecera; una constelación, la que te guste, todas son buenas; bájala un poquito”.

EL MEJOR REGALO ¡EL MAR!

MIRANDO EL infinito mar, algo dentro de mí vibra, sacudiendo cada fibra, cada centímetro de mi ser, cada célula, envolviéndome en una sensación extraña; pero a la vez conocida, ya que mi memoria me recuerda mi origen, sí, mi origen como ser vivo, y que es aquí, en el mar, donde se genera la vida.

De ahí que me identifique de pronto ante su presencia, mi hogar, mi entraña. Ese prodigioso mar azul, a veces verde, otro mezclado de ambos colores. Su oleaje, ese vaivén que no termina, que es imperturbable, único. La espuma, ese blanco encaje que no tiene fin, que aparece y desaparece formando finas filigranas de mil formas; espuma que ríe a carcajadas, cuando bañada por el sol rompe con juguetón estrépito sobre la arena o con indomable furia contra las rocas de algún acantilado. Ese mar que mis ojos no alcanzan a medir su tamaño, me subyuga y me acaricia con su tibia brisa.

Ese mar tan distinto, en cada parte de nuestro planeta; pero el mismo siempre, arena, espuma, oleaje y paisaje tropical.

Siempre comparto la felicidad que me embarga estar frente y dentro del mar.

Trabajaba como profesora de educación primaria en una escuela federal vespertina, ubicada en la periferia de la ciudad, en una colonia humilde, donde proliferaban la pobreza y la insalubridad, además de la desintegración familiar. Pocas eran las familias completas que habitaban el lugar. Mis alumnos de quinto grado, venidos de esos hogares disfuncionales, desbaratados y faltos de afecto y con muchas carencias, asistían a clases disponiéndose a adquirir conocimientos, aprendiendo lo que son los valores y los principios, que nos llevan a una educación integral, a conocer el concepto de la patria, sus símbolos a la par que la Historia de México y sus grandes pasajes donde participaron hombres que se convirtieron en héroes, como es la página llena de gloria de la Heroica Defensa de Veracruz el 21 de abril de 1914.

En la clase de Ciencias Sociales se habló de la invasión al puerto de Veracruz, por parte de las fuerzas armadas de los E.E.U.U., del incidente de Tampico, donde fue izada la bandera de ese país a toda

asta, siendo una afrenta para México. Donde barcos americanos querían desembarcar armamento para algún grupo revolucionario, siendo esto objeto de la Invasión, cuya defensa tocó en turno a los jóvenes cadetes de la Heroica Escuela Naval Militar, ubicada frente a San Juan de Ulúa; quienes empuñan las armas y disparan en defensa de la Plaza, hacia el mar, donde se encontraba la flotilla de barcos cargados con soldados expertos y equipados. Aparece la figura de José Azueta, hijo del Comodoro Manuel Azueta, quien dejara de ser cadete para ascender a otro grado, valiente muchacho que no midió las fuerzas de sus enemigos y se parapetó en una de las barricadas y abrió fuego al enemigo.

Otro nombre que brilla en la narración de hechos sucedidos durante la intervención de fuerzas enemigas, esa mañana soleada del 21 de abril de 1914, plagada de balas sembrando muerte entre los adolescentes cadetes de la Escuela Naval, es la figura preponderante de Virgilio Uribe, joven-niño que, empuñando su fusil, jalara del gatillo con el coraje de defender su suelo, su patria, su escuela, su vida, hacia el mar donde se balanceaba el Buque de Guerra Norteamericano Praine; pero cae de inmediato, herido de muerte, junto con otros cadetes heridos de gravedad.

Estos pasajes históricos, que escucharon mis alumnos, quedaron grabados por siempre en sus mentes y en sus corazones, formando los conceptos cívicos del valor, del patriotismo y de la libertad. ¡Cuánta emoción se hacía notar en el ambiente! Después de esta narración. Pasaron los días, y ellos seguían recordando los hechos ocurridos en Veracruz.

Se acercaba el ‘Día del Niño’. La escuela era de seis grupos, seis maestros y una directora, eran ochenta alumnos. Se organizaba el festival, que como cada año y con gran entusiasmo se ofrecía a los niños. Se repartían las comisiones para tal festejo. Unos maestros ofrecieron el convivio, otros las piñatas y los aguinaldos. En fin, todo era organización. a mí se me ocurrió algo un poco descabellado e inusual para estos casos: llevarlos a Veracruz. ¡A conocer donde fueron los hechos de la Invasión del 14! Y no nada más a mis alumnos, sino a todos los escolares, ya que sería una excursión para festejar su día.

Por encontrarse la escuela en una colonia popular, y siendo alumnos de escasos recursos, la mayoría, hijos de madres solteras, tenían los suficientes elementos que me permitirían solicitar un viaje

gratis al Puerto de Veracruz; pero ¿quién me lo facilitaría? De pronto, se me ocurrió la idea: visitar al Superintendente de la Estación Ferroviaria de la ciudad de Orizaba, para pedirle ese viaje para los niños, que me obsequiara viajar con ellos a Veracruz en el tren Jarocho de Ferrocarriles Nacionales de México. Casi me dijo que era imposible, ya que ellos no otorgaban viajes gratuitos, que tendría que pagar el pasaje a cada niño. Esto bajó el ánimo en mí. Regrese triste a la escuela, comentándole a la Directora lo sucedido. Esa noche no pude dormir. Las ideas iban y venían atropelladas, cambiando y acomodando nuevos planes. Quería que los niños fueran al Puerto, que conocieran en vivo el lugar de lo sucedido en esa parte de la historia. Me agoté pensando, y ya entrada la mañana, cerré los ojos conciliando el sueño.

Al día siguiente volví al despacho del encargado de esas oficinas. Lo encontré un tanto preocupado por las palabras que le dijera el día anterior, cuando le solicité el viaje. Me preguntó:

—¿De verdad son niños muy pobres? ¿Tantas carencias tienen?

—Sí —contesté—, y nada les haría más feliz que usted, señor, les regalara ese viaje. Ellos siempre se lo agradecerán.

Me dijo: —Déjeme unos días para resolver algunos asuntos y poder conseguir el permiso para ese viaje.

¡Por fin hubo respuesta del Superintendente, el Sr. Jorge Rivera! Que me facilitó un vagón grande, que sería enganchado al tren Jarocho para llevarnos al Puerto de Veracruz, y así realizar nuestra excursión, tan anhelada.

Eran las 4:45 de la madrugada del día 29 de abril de 1997 cuando todos los alumnos de la escuela, junto con algunos padres, los seis maestros y la directora, estábamos formaditos ya en la estación de Orizaba. Todos con sus tortas y refrescos, muy contentos. Con sus pensamientos puestos en algo que no conocían. Su imaginación trabajaba dando brincos, en distintas volutas, escudriñaban lo desconocido.

Silbó el maquinista: «¡Todos a bordo!». La aventura empezaba. Se acomodaron en los asientos duros de madera, recién pintados, cabían de tres y cuatro niños. Se puso en marcha el gusano de acero, recorriendo las vías a gran velocidad, sintiéndose el chirrido de las ruedas de fierro al chocar con el riel y el ruido que emitía, sonidos de alegría, que hacían el ambiente agradable. Los niños no salían de

su asombro: el serpentear del tren, su vaivén, su chucuchucu, el asomarse a las ventanillas adivinando el paisaje en la oscuridad de la noche; pues nada se veía, todo era negro. Sólo entraba el frío y olía a campo dormido. Casi se podían oír los latidos del corazón de los niños, confundiendo con la algarabía del momento.

Sonaban las 9:00 de la mañana. La máquina entraba en los patios de la estación de Veracruz, al fin el viaje llegaba a su destino. Algunos dormían, otros brincaban, empujándose a salir del vagón, todo era alboroto. Afuera ya nos esperaba un camión para trasladarnos al malecón, para llegar al faro Venustiano Carranza y conocer más o menos la ubicación que tenía la Escuela Naval Militar de esa época.

Cuando estuvimos frente al mar el asombro fue grande, muy grande. Los ojos de los escolares se abrían, queriendo medir su tamaño. No creían lo que estaban mirando: ¡Esa inmensidad! Me preguntaron al unísono:

—¿Maestra, toda esa agua es el mar?

—Sí —les contesté. —Vean hacia el horizonte, allá donde se junta con el cielo, no nos alcanza la vista para medirlo.

Llegamos a la playa de Mocambo. Los padres también estaban asombrados, pues no conocían el mar. Estaban extasiados contemplándolo, mientras otros niños se disponían a disfrutar metiéndose entre las olas que llegaban a la playa. No salían del impacto que les produjo la primera impresión. Entraban y salían, jugueteando con las olas, formando castillos en la arena, recogiendo conchitas y caracolillos, guardando arena para llevarla a casa. Eran muchas las emociones que circulaban en esas personitas, que disfrutaban como nunca. Reían, jugaban, corrían y se metían nuevamente entre las olas, desafiando su fuerza. Así estuvieron varias horas metidos en el mar, jugando y nadando. Los papás también gozaban, entretenidos y contentos, olvidándose de la pobreza en que vivían.

Ya estoy jubilada, y me he encontrado por casualidad a algunos de los ochenta niños que fueron de excursión al mar, hoy hombres y mujeres, con diferentes quehaceres dentro de la sociedad, con distintos intereses, con cargas y necesidades apremiantes. Que al saludarnos, siguen agradeciendo haber ido aquella vez a conocer el mar. Los más han vuelto al Puerto en vacaciones o por trabajo. Otros

no volvieron a verlo, pues ya han fallecido. Algunos me platican que están enfermos o con problemas familiares. Pero hay uno de ellos, Pedro Sandoval, que poco después de aquella excursión sufrió un accidente automovilístico, quedando atado de por vida a una silla de ruedas. Lo visité en su casa. Le dio gusto verme después de tanto tiempo y me dijo:

—Maestra, tengo diez años en esta silla, no me puedo mover. Me tienen que ayudar en todas mis necesidades. Es triste como vivo. Pero yo sigo recordando ese día que conocí por primera vez el mar, ¡esa inmensidad majestuosa!

Ese mar lleno de color, de transparencias, ese olor a frescura, a brisa marina, a conchas, caracoles y estrellas de mar. Ese sol que jugó con nosotros cuando niños, lo recuerdo y lo vivo, aquí, conmigo. Y cada vez que me siento triste y abatido por mi enfermedad, recorro a mi imaginación y a mis recuerdos, cerrando los ojos, ahí está. El mar con todo su esplendor, color, arena y sol. Ese mar que conocí de niño, que no he vuelto a ver, sólo en mi recuerdo. Lo veo, lo huelo, lo siento, lo escucho y me sosiego.

AÑORANZA

COMO TODAS las mañanas, Ana abre presurosa la ventana de su habitación, quedando a la vista el pico de Orizaba, ya que ella vive en la región de las altas montañas. Aspirando el aire perfumado del ambiente floral que rodea a la casa, da gracias al Creador por ese nuevo día, contemplando como siempre todo el paisaje que sus cansados ojos le permiten mirar. Dando vuelta, se dirige a su quehacer del día.

Ana, mujer ya entrada en años, acumulados en siete décadas. Pero sin los achaques de esa edad. Siempre con entusiasmo y alegría, emprendiendo junto con las horas la habitual rutina. Todo ello con los ruidos y las prisas de la ciudad donde vive. Sólo que su espíritu afanoso la dispone a no caer en el enfado de hacer todos los días lo mismo.

Olvidaba decir que Ana vive en una casita, en la falda del cerro de Escámela, donde los verdes se confunden con otros verdes, que forman los bosques, pastizales, sembradíos, parcelas y jardines de por ahí.

Ana mujer de clase media, jubilada, con cuatro hijos ya formados, con su propia familia, que de repente la visitan, llenando su casa de algarabía; las risas frescas, travesuras y carreras de los nietos jugando en el jardín y toda la casa llenándola de vida. Ana complacida, mira a aquellos chiquillos que son su descendencia, guardando ese momento para sí.

Ana, siempre alegre, después de su faena, ya casi de tarde como es costumbre, acomodada su lienzo en el caballete. Coloca los colores en la paleta, empieza a trazar lo que falta para terminar una marina. Recorre con sus ojos el espacio pintado, respira satisfecha viendo cómo el pincel pudo construir el mar con sus colores azul o verde de medio día, las olas rompiendo en un acantilado, confundándose lo escarpado con el mar. Adentrándose en lo recién terminado, le producía placer y al mismo tiempo nostalgia, doliente por los recuerdos que la pintura le provocaba.

Ana, la abuela, siempre nos contaba historias llenas de aventuras, donde ella era la protagonista. Le gustaba que la escucháramos

atentos, y que nuestra imaginación participara con sus recuerdos. En algunos sí estuvimos presentes, cuando salíamos acompañándola en sus viajes. Como aquel donde fuimos a Nuevo Vallarta, donde en su playa pudimos observar de cerca desovar a las tortugas, allá por la madrugada; sólo se escuchaba el chasquido de las olas rompiendo en la arena o en alguna escollera. La enorme tortuga salía del mar y arrastrándose, con sus aletas haciendo un hoyo, donde después se iban colocando los huevos. Ver el esfuerzo de esta criatura con lágrimas en los ojos era algo muy privado y maravilloso.

Recuerdo cada una de las historias que nos contaba, sobre todo cuando aprendió a nadar. Ah, porque quiero decirles que era nadadora de las buenas. Participaba en competencias. Esa historia donde relata su experiencia, que por primera vez se quedó flotando sin hundirse, era formidable. Parece que la escucho: «Quiero platicarte cómo aprendí a nadar. Tenía 10 años. Llegamos en un camioncillo destartalado y viejo, pero caminaba. Nos llevaba y traía a los diferentes paseos». Seguía platicando la abuela. «Pues bien, fue en la playa de Iacos, tranquila, sin mucho oleaje (nunca como la del Revolcadero), donde venía la ola y yo aprovechaba para subirme en ella y deslizarme hasta la playa. Así estuve jugando con las olas. De momento el suelo se me perdió, y me vi lejos de la orilla. Traté de no tener pánico. Me serené, y con todas mis fuerzas con los brazos aleteando, traté de llegar a la playa. Mi respiración se entrecortaba por la emoción. Seguía, seguía moviendo los brazos. Hasta que mis pies tocaron tierra. Me pare y corrí hacia la playa, tirándome en la arena. No sabía si llorar o reír. ¡¡¡Ya sabía nadar!!! Era lo que importaba. Mis papás, atónitos por lo sucedido, me abrazaron felicitándome (yo creo para quitarse el susto), diciéndome: «Anita, ya sabes nadar». Me levanté y metiéndome en el mar lo abracé con todas mis fuerzas, diciéndole gracias».

Cada cuadro, cada pintura, cada marina, que Ana había pintado, eran retratos de lo que había conocido del mar, de sus muchas playas recorridas.

Coleccionaba arena de cada playa visitada. La colocaba en atractivos envases, sabiendo el lugar de dónde provenía. Le gustaba regalar esas arenas, decía que regalaba vida. Porque en el mar se generó la primera célula para que nacieran los primeros animales y plantas del planeta; así como el origen del linaje humano, compuesto con residuos de las explosiones de las estrellas, que

cayeron en el mar, y con los cultivos por millones de años, junto con el “caldo” de los aminoácidos, formaron los primeros ladrillos de la vida.

En un viaje que hizo a Brasil trajo arena ámbar muy fina, de la playa de Copacabana, Río de Janeiro; que por cierto la playa era inmensa. Después de una gran banquetta cuyo piso era de mosaiquitos formando peces, allá a lo lejos, se divisaba la playa, un tanto quieta. Recogió la arena del lugar, que después acomodara en su equipaje; casi la bajan del avión por haberse llevado la arena de Copacabana.

La de la playa de Las Gatas, en Zihuatanejo, color negro perlada, como gravilla. En las playas de Cancún, la arena tan fina como el talco, y el agua tan transparente y con reflejos de colores debido a los arrecifes de coral de diferentes tonos. La arena de manzanillo, muy negra, con pedazos de conchas y piedrecitas muy chiquitas. En fin, tenía arena de mar de todas partes. Era su tesoro, por lo tanto, lo compartía.

Era mi abuela, muy vivaz cuando platicaba sus aventuras en el mar, ya que con palabras dibujaba el lugar que había conocido. En este instante cierro los ojos y la imagino platicándome, cuando describía lo hermoso de Pie de la cuesta, ese oleaje tan impresionante cuando la ola gigante se arremolina con las otras, se enrolla, se extiende y ¡chas! se rompe en mil encajes de espuma, desparramándose en la orilla, luego la vista se detiene con admiración contemplando en silencio la puesta de sol más espectacular; en ese poniente del cielo vestido de rojos, amarillos y purpuras acompañados con el reflejo del mar en el horizonte; que belleza, no hay otro sitio igual para despedir al sol.

Luego nos contaba que en Baja California Sur, en San José del Cabo, el mar era diferente. Playas muy extendidas. Sus olas semejaban en las noches a la luz de la luna, alargados y nubes dragones corriendo uno tras otro, esas palmeras erguidas con sus penachos al viento simulando pinceles de varios verdes. El conjunto de playa, arena y mar, paisaje inolvidable donde Dios había colocado cada cosa en su lugar.

Al contarnos sus anécdotas y experiencias vividas en sus vacaciones, en esos bonitos lugares donde el mar era el atractivo principal, sus palabras y gestos se traducían en emociones. Hablaba

con pasión del momento y todo su ser se iluminaba de contento. ¡¡¡Era a todo dar mi abuela!!! La recuerdo siempre, pero más cuando visito junto con mi familia aquellos sitios que nos llevó.

A mi mente llega lo que dijo aquella tarde, precisamente cuando disfrutábamos en la playa llamada La entrega, en Huatulco, Oaxaca: «No tengo nada que heredarles cuando muera, sólo tengo a mi alcance, para dejarles, este mar que sus ojos y los míos contemplan, con sus colores, oleajes, arena y playas. Les dejo para ustedes el mar que conocí de niña, el mar que me embelesó de joven, el mar que sigo frecuentando. Ese mar que para mí fue todo, porque sé que es mi origen, mi hogar y mi sepulcro. Las playas que recorrí, donde me deleité con amaneceres y atardeceres, donde el sol me despertaba en el Golfo y me despedía disponiéndose a dormir en el Pacífico. Ese mar exuberante e inmenso con sus profundidades abismales, donde giran mil formas de vida, ese mar lleno en su fondo de tesoros. Ese mar donde el sol ilumina y da vida y calor, y en donde la luna enriela sus reflejos, jugando con las estrellas salpicadas de brillantes y platinadas luces y suspirando hizo una pausa; esto es lo que yo les dejo, la más grande riqueza de la vida, y extendiendo sus brazos abrazaba al mar desde la orilla.

Así era la abuela Ana, la dueña de todo lo que le rodeaba. Cualquier lugar decía que era suyo, con sólo mirarlo y respirar su aire. Esas manifestaciones de emociones hacia la contemplación, nos las heredó, para a través de ellas, recordarla sabiendo que trascendió en nosotros.

Aquel diciembre, como cada año, se efectuaba en Acapulco el maratón guadalupano. Estábamos de vacaciones. Ese día fuimos a La Roqueta, hermosa isla de ese puerto. De ahí saldrían los nadadores para recorrer un kilómetro a Caleta. Eran cerca de tres mil deportistas. Ana entusiasmada como siempre, llena de vigor todavía, portando sus seis décadas, se inscribió en dicha carrera. Nosotros la veíamos sorprendidos, pero a la vez alentábamos esa disposición de entrarle a esa aventura. Imagínense, iba a nadar un kilómetro en aguas abiertas, todo un reto. Pues bien, allá va la abuela cuando dieron la salida. La vimos desaparecer de la orilla en pocos minutos y luego cómo se fue mar adentro confundiendo con los demás. Entre los competidores había niños, jóvenes, adultos mayores, discapacitados y hasta ciegos. De la abuela nada más se

divisaba un puntito, y eso por el color naranja de su gorra y el aleteo de sus brazos. ¡Qué atrevida y temeraria!

Estábamos esperando ya en Caleta la llegada de los nadadores. De la abuela ni señal. Llegaban por montones los otros nadadores, y ya casi era una hora de que había salido. Por fin, la gorra anaranjada ya se veía a lo lejos, nadando de frente, de lado, y como buceando. Nuestros corazones latían al unisonó. Ya se aproximaba a la orilla. Corrimos a recibirla, gritando de emociones y echándole todas las porras que salían de nuestras gargantas. La abrazamos y ella se tumbó en la arena a recuperarse. Respiraba agitada. Le dio mucho gusto cuando nos vio. Nos abrazó tan fuerte que más emoción produjo en nuestro ánimo. Ya recuperada del todo, nos contó su tenaz aventura, todo lo que había sucedido en su travesía.

Todavía guardo sus palabras, diciéndonos lo que había sentido al cruzar ese tramo de agua, la profundidad del mar bajo su cuerpo, la respiración entrecortada, la emoción de ir nadando al lado de los demás, el pumpo de su corazón queriéndosele salir. Muchos pensamientos se agolpaban en su mente, y lo que deseaba más era llegar a la meta, lográndolo por fin. Esa era mi abuela.

No me canso de repasar y volver a repasar los recuerdos aquí guardados en mi corazón, de platicarles a mis hijos cómo era mi abuela, lo importante que fue en mi vida, las vivencias y enseñanzas que me dejó. Recuerdo con mucha emoción, durante un viaje que hicimos con ella a Baja California Sur, saliendo del puerto de Mazatlán en un ferri, transporte marítimo donde cabían muchos pasajeros, coches y camiones, para llegar a la Paz. Largo viaje de catorce horas, durante ese tiempo sólo se veía el cielo y el mar y algunos traviesos delfines.

Llegando a nuestro destino, tomamos otro transporte que nos llevó a un pueblo llamado Ribera. Luego de ahí, después de descansar y comer algo, tomamos camino de terracería como cerca de diez kilómetros. Llegamos polvosos y cansados a un paisaje poco común. Llegamos de momento a un desierto lleno de nopaleras y cactus, rocas, arenas, zarzales, biznagas, lagartijas, hormigas coloradas, algunas otras alimañas y un calor endiablado. Nuestros ánimos se desplomaron, sentíamos sed, cansancio y malestar por no tener enfrente las vacaciones de siempre con belleza y confort. Esto era diferente. Seguimos caminando para llegar a algo parecido a una loma seca y llena de piedras, con algún arbusto medio seco. Y de

pronto empezamos a respirar otro aire. Al subir esa loma, una brisa fresca nos envolvió, reconociendo nuestro olfato el olor a mar. Sí, a mar. Ahí estaba el inmenso mar color turquesa ante nuestros ojos; qué espectáculo maravilloso, mágico, no hay palabras para describir tanta belleza. Ante nosotros estaba una extensísima playa alargada, cubierta por millones de piedras de río. Las olas color casi verdes, grandiosas, chocando con las piedrecillas, emitiendo un sonido especial, como si surgiera del más fino instrumento musical. Estábamos en Cabo Pulmo, la playa natural y más hermosa del mundo, el acuario más grande, con muchas especies marinas en su hábitat, lobos marinos, mantas, tortugas, tiburones tigre, ballenas jorobadas, algunas azules. Todo un mundo maravilloso y único, viviendo en el arrecife de coral con más de veinte millones de antigüedad.

Este santuario marino, está amenazado por grandes consorcios extranjeros, que pretenden construir mega desarrollos turísticos, sin que las autoridades correspondientes detengan el ecicidio que amenaza a ese paraíso marino.

Cabo Pulmo, lugar paradisiaco, único en el mundo, dejó en mi persona deleites, goces y aventuras vividas por una niña de trece años. Ese mar iluminado, cambiante de colores; azules tornasol por las mañanas, verdes musgos al mediodía, rojos anaranjados al atardecer. Por eso creo que esa estela de emociones configuró mi espíritu, acomodando cada imagen en su lugar. Y hoy como adulto sé traducir las emociones que dan los momentos en la vida de acuerdo con la naturaleza, para vivir en armonía. Soy feliz y comparto dicha felicidad con mi familia. Le doy las gracias a mi abuela por haberme enseñado a conseguir la felicidad.

Por eso, refrendo las visitas a la abuela, allá en su mansión el mar, donde contenta la imagino girando a la par que las olas, en cualquier litoral o playa del mundo, confundida con la arena, la flora, la fauna, y todos los misterios que encierra esa inmensidad llamada mar. Y colecciono arena, como ella, de todos los rincones donde haya playas, porque así siento que en toda esa arena junta tengo nuevamente a mi abuela.

Por fin, llegamos al punto donde dejaríamos la carga preciosa. Bueno preciosa para mí, por lo que había dentro del ánfora: el cuerpo de la abuela Ana, convertido en polvo.

Lotananza

A todos se nos encogió el corazón cuando mi tío Arturo, el mayor de sus hijos, esparció sus cenizas, haciendo una oración. Las olas se arremolinaban como queriendo cada una ser la primera en recibir esa ofrenda. Poco a poco el polvo de partículas negras se disolvió entre las olas que se juntaron, revolviéndose como en un remolino para girar en el fondo del mar, y junto con la preciada arena descansar por toda la eternidad.

NOSTALGIA

TODAS LAS MAÑANAS al despertar, mi ventana mira al Pico de Orizaba, somnoliento y risueño, dándonos su mejor cara. El sol del amanecer lo acaricia con su luz de vida, lo ilumina. La ventana proyecta dimensiones, matices coloridos de alegría en el coro de las aves, que al iniciar el día hace volar mi imaginación. Los paisajes con sus tapices de diversos tonos de verde semejan esa geométrica esperanza donde acomodo mi vida.

En esa ventana diviso mi pasado, transitando en diferentes estaciones, donde la primavera me llenó de aromas de las más hermosas flores. La sinfonía que de las aves escuchaba se traducía en alegría, llenando mi corazón de ilusiones y sueños, que en mi adolescencia, en realidades se convertían.

En esa ventana irrumpe de pronto el verano, cálido y pasional, con frutas exquisitas dando sabor y placer. Mi vida florecía al ritmo del viento, de los aires que acarician por las tardes, envueltas en seducción. Es el verano pasional y juguetón que se asoma a mi ventana, invitándome a bailar entre el verdor de las campiñas y el azul intenso de los sueños. Fui creciendo en armonía, y haber cosechado cuatro frutos, que dieron sabor a mi vida.

En esa ventana vi llegar el otoño. El que obliga a las hojas a desprenderse del árbol, de su fronda donde fueron medidas por el viento voluptuoso que las hizo vibrar. El otoño que impregna mis versos de nostalgia y hace añejo el vino de mi vida, y que al probarlo, convidó el placer de vivir plenamente, sin importar que el viento arranque las hojas de mis años y formen con ellas una hojarasca donde mis versos, cuál pisadas, dejen su huella para siempre.

En esa ventana espero, llegue el invierno y cubra de nieve el paisaje de mi vida, sin que me congele el alma, he reservado mi experiencia en años, para dejarla como legado cerca de mi ocaso, viviendo cada instante como el último, trayendo a mi presente recuerdos coloridos, dejando los grises perderse entre el marasmo.

Cuando llegue el invierno que preparada me encuentre, vestida con todas las galas posibles, en armonía perfecta, sosegada y plena,

Lotananza

plácida con murmullos de lluvia. Cuando llegue el invierno, estaré con el ropaje del tiempo.

Todo esto miro todos los días, mientras haya una ventana abierta al infinito.

Medellín, Ana Laura. Ana Laura es: poesía, amor, inspiración. Más de 35 años contagió de alegría a sus alumnos en primarias de Orizaba y la región de las Altas Montañas. Supervisora escolar y líder sindical. Escribe, pinta, esculpe, nada, baila y disfruta la vida a sus 81 años. También es madre, esposa y excepcional abuela. Cursó dos Diplomados en Creación Literaria, impartidos en Universidad Veracruzana, con docentes de la Universidad Metropolitana.



Ha publicado dos poemarios: *Voces en el Insomnio* y *Otras Voces*. Ha formado parte de diversas antologías. Se ha presentado en Ferias del Libro en: Orizaba, Xalapa, Córdoba y Tlaxcala. Pertenecer al colectivo “Mujeres Poetas en el País de la Nubes”.



Ediciones Ave Azul es un proyecto que cree en la libertad de expresión como parte fundamental de la experiencia humana y el arte, y que busca ser un espacio para la divulgación de la literatura, la ciencia y el pensamiento humano. De esta manera, se promueve el diálogo entre los artistas y la sociedad para completar el círculo de la comunicación. Los autores mantienen todos los derechos sobre su obra, y esta plataforma es sólo un medio para su divulgación.

Si te gusta nuestro trabajo, puedes encontrarnos en nuestra página web, en Amazon y otras plataformas semejantes, además de las redes sociales de nuestros autores. Algunos de nuestros proyectos pueden ser gratuitos y otros tener un costo de recuperación para compensar a los autores y que puedan generar un medio de vida digno que les permita seguir generando contenido nuevo. También puedes contactarnos para conocer mejor estas propuestas y saber de qué otra forma puedes apoyar.

Si te agrada lo que estamos haciendo, apóyanos con la difusión de la Editorial.

Muchas gracias

Fb: Ediciones Ave Azul

www.aveazul.com.mx